

El buscador de esencias

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: imagen de Martin Johnson Heade,
Colibrí posado en una planta de orquídea (1901),
en © Historic Images/Alamy Stock Photo
© Agence littéraire Melsene Timsit
© Éditions Grasset & Fasquelle, 2021
© De la traducción, Mercedes Corral
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19207-34-0
Depósito legal: M-7.417-2022
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Dominique Roques

EL BUSCADOR DE ESENCIAS

Sobre el origen
de los perfumes del mundo

Traducción del francés
de Mercedes Corral

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

PRÓLOGO	
<i>Los recolectores del mundo</i>	13
LAS LÁGRIMAS DE CRISTO	
<i>Andalucía: el ládano</i>	19
LA COSECHA AZUL	
<i>La Alta Provenza: la lavanda</i>	33
LA ROSA DE LOS CUATRO VIENTOS	
<i>Persia, la India, Turquía y Marruecos</i>	47
LAS AVES DE SHIPKA	
<i>La rosa búlgara</i>	55
LA BELLA DE CALABRIA	
<i>La bergamota de Reggio</i>	73
EL MAESTRO Y LA FLOR BLANCA	
<i>El jazmín: de Grasse a Egipto</i>	87

LA BODA Y EL ELEFANTE	
<i>El jazmín en la India</i>	99
EL PIONERO Y LOS RESINEROS	
<i>El benjuí de Laos</i>	111
EL DULZOR DE LA CORTEZA	
<i>Sri Lanka: la canela</i>	131
LA REINA DE LOS TRISTES TRÓPICOS	
<i>La vainilla de Madagascar</i>	143
LA HOJA CON PERFUME NEGRO	
<i>Indonesia: el pachulí</i>	165
LA TIERRA DE SOMBRA Y LUZ	
<i>Haití: el vetiver</i>	179
LAS ANTORCHAS DE LA CORDILLERA	
<i>El bálsamo del Perú en El Salvador</i>	193
LA SELVA SACRIFICADA	
<i>La Guayana: el palisandro</i>	205
EL ÁRBOL SAGRADO	
<i>La madera de sándalo en la India y en Australia</i>	217
LA MADERA DE LOS REYES	
<i>El oud en Bangladés</i>	233
EL TIEMPO INMÓVIL	
<i>El incienso de Somalilandia</i>	251

EPÍLOGO	
<i>Viaje a la alquimia</i>	271
LAS PALABRAS DEL OFICIO	277
AGRADECIMIENTOS	279

*Haz escala en emporios fenicios
y adquiere hermosas mercancías:
nácar y coral, ámbar y ébano,
y toda suerte de embriagadores perfumes,
todos los perfumes embriagadores que puedas.*

C. P. CAVAFIS, «Ítaca»

PRÓLOGO

Los recolectores del mundo

Los perfumes nos son familiares y misteriosos a la vez. Siempre apelan a una parte de nuestra memoria olfativa, fragmentos de recuerdos de infancia tan vívidos como lejanos. Nadie está exento. Todos llevamos impresa para siempre la huella de una estela de lilas, de un camino bordeado de retama, del olor de los seres queridos. Yo conservo intacto el recuerdo de un descubrimiento infantil en los bosques. En el mes de mayo, bajo los grandes castaños del bosque de Rambouillet, el sotobosque se cubría de tal cantidad de mugete que su perfume embalsamaba el aire. Yo estaba maravillado, turbado por aquel olor que me recordaba a mi madre, porque ella utilizaba Diorissimo, ese suntuoso perfume que rinde tributo a las campanillas blancas. Familiaridad íntima del juego de los olores con nuestros recuerdos y misterio del poder evocador de una composición al abrir el frasco. El perfume nos tranquiliza primero hablándonos de nosotros y después nos cautiva hablándonos de él mismo.

«He aquí para ti frutos, flores, hojas y ramas», este verso familiar de Verlaine abre melodiosamente el vasto catálogo de las fuentes naturales de perfume. Yo lo completo por mi

parte: raíces, cortezas, maderas, líquenes, semillas, yemas, bayas, bálsamos, resinas; el mundo vegetal bajo todas sus formas es el depósito de las esencias y de los extractos que han creado la perfumería. Antes de la aparición de la química de las moléculas de olor en el siglo XIX, los productos naturales fueron la materia prima única de los perfumes durante tres milenios. Pese a haberse convertido en un lujo, los perfumistas siguen firmemente enamorados de estos aromas. Aportan riqueza y complejidad a sus creaciones, y algunos son ya un perfume de por sí.

Antes de evaporarse en nuestra piel, las fórmulas nos transmiten en unos instantes las historias mezcladas de sus múltiples componentes. Historias de laboratorios, en lo que se refiere a los ingredientes químicos; historias de flores, de especias o de resinas, en lo que se refiere a los productos naturales. Destiladas o extraídas, estas plantas se convierten en aceites esenciales, absolutos o resinoides¹, para pasar a formar parte de la composición de un perfume, en la que ocupan un importante lugar junto a las moléculas sintéticas. Resaltadas estas plantas siempre en la publicidad de la marca, su riqueza olfativa las hace indispensables en los auténticos perfumes.

Las esencias tienen su propia historia: son el resultado del encuentro de territorios, de paisajes, de suelos y de climas, el producto de gentes arraigadas o de paso. Han sido y siguen siendo necesarios para la perfumería los leñadores de maderas aromáticas (cedro, oud o sándalo); los recolectores de plantas silvestres (de bayas de enebro, ramos de jara

¹ Para la definición de los términos técnicos, véase el glosario al final de la obra.

pringosa o de haba tonka); los resineros de savias y de resinas (incienso, benjuí o bálsamo del Perú); los cultivadores de flores, hojas y raíces (rosa y jazmín, vetiver y pachulí); los prensadores de agrios (bergamota y limones); los transportistas y comerciantes, herederos de las caravanas de Arabia y de los marinos que conectaban la India con el Mediterráneo; y, por último, los destiladores, los maestros del agua de rosas, los alquimistas de las esencias a partir del siglo XVII y los extractores y químicos de los tiempos modernos. Una colectividad dispar, desperdigada, que recolecta en los desiertos y las selvas, que labra con la azada y con el tractor, que comercia en secreto y luego de forma transparente, que desconoce el destino de sus productos o recibe en sus campos la visita de los grandes perfumistas y de las marcas más prestigiosas.

Esta diversidad forma, sin saberlo, una grandiosa comunidad histórica, un tapiz cuyos hilos han guiado la lavanda, la rosa y el incienso hasta nosotros. Por medio de viajes enigmáticos, orígenes cambiantes, tradiciones salvaguardadas, desplazadas, perdidas y recuperadas, los creadores de perfumes tienen en común que alimentan el entusiasmo innegable de los hombres por los olores de la naturaleza. Cuando una campesina malgache poliniza una flor en una liana de vainilla, lleva a cabo una especie de magia. Su gesto deberá repetirse miles de veces para que se formen unas vainas, maduren, sean recogidas y extraídas, y finalmente se encarnen en el delicioso aroma de un frasquito de absoluto de vainilla.

Este libro es el relato de tres décadas de vagabundeos por las fuentes del perfume. Sin ser químico ni botánico, me sumergí en la perfumería después de unos estudios de gestión, siguiendo así mi atracción de siempre por los árboles y las plantas. Comencé esta andadura por gusto y por curio-

sidad, se convirtió en una pasión y, desde hace treinta años, me dedico a buscar, encontrar, comprar y a veces producir docenas de esencias para la industria del perfume. Tanto en los campos de rosas como en los de pachulí; tanto en los bosques de Venezuela como en los poblados de Laos, fui iniciado en los olores por las gentes de las tierras del perfume. Me enseñaron a escuchar la historia que cuentan las esencias y los extractos cuando se abren sus frascos, y me convertí en lo que hoy en francés se ha dado en llamar *sourceur*, es decir, buscador de recursos naturales.

En una empresa especializada en la creación de fragancias y aromas, me encargo de suministrar a nuestros perfumistas esencias o extractos de más de ciento cincuenta materias primas naturales provenientes de cincuenta países. Mi función consiste en asegurar las cantidades y su calidad, pero también en buscar nuevos ingredientes para enriquecer la «paleta» de los perfumistas. Dentro de la organización de esta industria, soy el primer eslabón de la cadena que comienza en los campos de flores y llega hasta los frascos de las perfumerías. Últimos actores de esta historia, las marcas de perfume hacen competir, para sus nuevos lanzamientos, a los perfumistas de varias compañías de composición, las famosas «narices», creadoras de fórmulas complejas y secretas: los «jugos». Florilegio de talentos y de fuertes personalidades, la hermandad de los perfumistas imagina constantemente nuevos olores para las marcas más prestigiosas, y yo pongo mi experiencia a su servicio.

Empecé mi viaje participando en la creación de plantas de destilación y de extracción en países donde crecen grandes productos aromáticos, para una empresa familiar instalada en pleno bosque de las Landas. Pionera en los años ochenta,

había decidido producir extractos naturales en el lugar de origen. En España, Marruecos, Bulgaria, Turquía o Madagascar, se trataba de instalar por doquier equipamientos, organizar cosechas y cultivos y equipos de producción. Descubrí lugares llenos de historia y a veces actividades artesanales en peligro de desaparición, y creé profundos vínculos humanos.

Desde hace diez años trabajo como buscador de recursos naturales para una empresa suiza, también familiar, uno de los grupos mundiales más importantes en la creación de perfumes y aromas. Para abastecer a nuestros perfumistas y enriquecer el catálogo de materias naturales a su disposición, he contribuido a tejer con productores de todo el mundo una red de colaboradores, lo que ha hecho que me relacione con todos los oficios del sector del perfume. Mi pasión por los aromas ha aumentado en el transcurso de estos encuentros.

Las características geográficas de nuestros productos confrontan al buscador de recursos naturales con un mosaico de realidades sociales, económicas y políticas. He trabajado con un gran número de comunidades, a menudo aisladas, expuestas a las amenazas de los ciclones o de las sequías, a veces descuidadas por su propio Gobierno. No tardé en tomar conciencia del papel y de las responsabilidades de nuestra industria en la suerte y el futuro de estas poblaciones. Para mí, esto sigue siendo un motor y una guía en la forma de ejercer este oficio.

Este libro nació durante un viaje reciente, junto a un árbol de incienso en las montañas de Somalilandia. El recolector que me acompañaba acababa de entallar el tronco, de donde empezaban a brotar pequeñas gotas lechosas. Ante el olor embriagador del incienso naciente, tuve la sensación de ser el testigo de la continuidad de una historia extraordi-

naria, la de la recolección de los perfumes de la naturaleza, ininterrumpida desde hace más de tres mil años. Respirar la resina nueva me hizo retrotraerme a años atrás, a los primeros recuerdos de mi experiencia en los campos de ládano de Andalucía. De pronto me di cuenta de que, desde el *Cistus ladaniferus* al incienso, había tenido la suerte de conocer durante treinta años a los herederos de una historia de al menos treinta siglos. Tuve claro que quería escribir acerca de la evolución de las materias primas del perfume a lo largo del tiempo, la vida de los hombres que se siguen dedicando a él, la difusión de su conocimiento y de sus tradiciones, la belleza de los lugares donde fabrican sus olores y la fragilidad de su futuro. Cada etapa de esta historia es diferente y única, pero todas tienen algo en común: la culminación del trabajo de los hombres en perfumes que nos impactan. Nada lo ilustra mejor que lo que aprendí en el valle de las Rosas, en Bulgaria: para producir un kilo de esencia de rosas es necesario recolectar a mano un millón de flores.

He escrito esta obra como homenaje a los recolectores del mundo.